

XVII. Resumen y conclusiones

El subdesarrollo es una carga muy pesada y peligrosa para los pueblos respectivos, dura de soportar y más difícil aún de reemplazar. En el fondo se trata de modificar el juego de valores que impregnan nuestra cultura política.

¿Cómo podemos clasificar esos valores? Sin duda hemos adoptado el modelo holístico, en que sus elementos forman un todo inseparable, que rechaza criterios que no encajan en el sistema, como la disidencia, el pluralismo, la competencia, etc. pues no calzan en el diseño.

Eso quiere decir que nuestros rasgos políticos como personalismo, autoritarismo, familismo, cortoplacismo, poca importancia del tiempo, patrimonialismo, trascendentalismo, visión mágica de la vida, violencia, arreglismo, etc.; están imbricados entre sí al punto de ser complementarios e indispensables. En otras palabras se engranan y sostienen unos a otros, implantados en el cañamazo social, formando un conjunto inviolable, indivisible y autoperpetuable, en el que el todo es superior a las partes, como si se tratase de un vaso cerrado, o un rompecabezas en que si falta una pieza no puede armarse el paisaje. Lo que liga a los elementos es el poder de la autoridad central a quien todos adjudican legitimidad y poder supremo para que todo marche según está dispuesto.

Esa rigidez plantea una reflexión, ¿hasta qué punto hemos tenido fusión de los valores de la cultura española con la indígena, sino más bien nuestro mestizaje es realmente de una yuxtaposición de ambas culturas que permanecen juntas, pero no revueltas? Esto explicaría por qué en Nicaragua conviven dos realidades sociales, como si perteneciesen a dos países distintos, uno al lado del otro, poseídos de mutua desconfianza. Nos referimos al pequeño sector de altos ingresos y refinamiento cultural y urbano y por otra parte, a las grandes mayorías analfabetas y desposeídas que viven en las zonas rurales. En ese panorama, las clases medias tienen raquítica influencia por lo cual el régimen autoritario resulta el más eficiente y necesario para mantener quietos a esos dos mundos sumergidos por la fuerza en el quietismo. Es hasta que los abusos del autoritarismo terminan por romper el equilibrio precario, como sucedió al final de los 30 años conservadores; en el régimen dictatorial y militarista de Zelaya y las autocracias somocista y sandinista respectivamente, que se desploman por las contradicciones insolubles que incuban.

Si a todo lo anterior le agregamos los frecuentes desastres naturales que sufrimos, a saber: terremotos, huracanes, sequías, erupciones volcánicas, se explica que vivamos esperando siempre la ayuda externa que obligatoriamente impone sus condiciones.

Para complicar las cosas, la importancia de la ayuda externa sigue siendo crucial, y por ello estimula la heteronomía que al mismo tiempo lastima la soberanía.

Finalmente, nuestra historia política se ha caracterizado con ocho constantes:

- 1) Inestabilidad política con tensión social permanente.
- 2) Gran desigualdad socioeconómica de los ciudadanos.
- 3) Apego a lo tradicional, sea o no eficiente.
- 4) Principio de autoridad, manejado arbitrariamente a todos los niveles.
- 5) Sujeción a intereses extranjeros.
- 6) Violencia para resolver conflictos.
- 7) Corrupción a todos los niveles, que los mecanismos de coerción social son incapaces de frenar.
- 8) Desconfianza hacia la autoridad pública sobre todo cuando ésta se empeña en acaparar más poder o permanecer en él.
- 9) Ausencia de un Estado al Derecho.
- 10) Deficiente comunicación entre la sociedad civil y las élites gobernantes.

Es evidente que de todas las hipótesis sobre las causas del subdesarrollo la más plausible es la que lo atribuye al empleo que hacemos de valores de una cultura ineficiente, obsoleta y corrupta. Como resultado, el país se ha desenvuelto en una crónica inestabilidad y atraso y como tal, no ha logrado resolver los ingentes problemas sociales, económicos y políticos. Entre ellos menciono el bajísimo nivel de vida de la gran mayoría de la población, el irrespeto a la ley, la poca educación, la falta de instituciones sólidas y el poco rendimiento de la economía y los servicios públicos. A todo ello debe agregarse una élite política que en lo general carece de un sentido nacional, que no desempeña su papel de intermediario

entre élite y pueblo, dedicada a la lucha por el poder mismo y a conseguir gangas que esa conducta produce. Como secuela, hemos tenido un Estado débil, de alta dependencia externa frente a acechanzas y despojos de países mejor organizados o finalmente de una ciudadanía poco participativa en los asuntos públicos. Asimismo no estamos plenamente integrados como nación, ni siquiera territorialmente como ocurre con la Costa Caribe, mucho menos culturalmente. A todo lo anterior debo agregar la escasa preparación de nuestra clase política, así como la asociación de dos caudillos que con sus pactos han desviado el curso racional de la democracia representativa y fomentado la corrupción.

No obstante, Nicaragua ha experimentado en estos últimos quince años alguna mejoría. Me refiero por ejemplo a la ausencia de guerra civil, a la celebración por 4 veces consecutivas de elecciones libres, honestas y eficientes, aunque todavía con fallas administrativas y estructurales. Disponemos además de una irrestricta libertad de prensa, organización política y de mercado. Por otra parte tenemos Ejército y Policía, profesionales. Por lo demás las finanzas públicas han empezado comportarse adecuadamente y hemos conseguido una rebaja sustancial de la deuda externa y una reestructuración un poco más favorable. Por lo demás la sociedad civil, aunque débil todavía, comienza a demostrar presencia a la hora de discutir y resolver los problemas de interés público.

A fin de implementar el progreso precariamente conseguido necesitamos una mutación cultural que reemplace los valores tradicionales de nuestra cultura política por otros modernos y eficientes. Al respecto

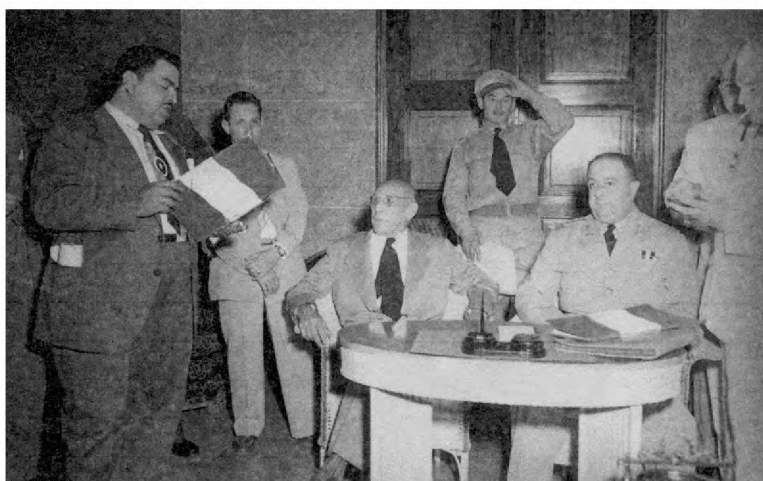
tenemos tres tareas prioritarias: la primera, proseguir la ruta de la democracia; la segunda aumentar nuestra producción significativamente, pues sin ello la lucha contra la miseria es imposible, de ahí que sea esencial el estímulo a la inversión nacional y extranjera, utilizar el TLC; y la tercera, incrementar los niveles de educación, acompañada de organización social. Finalmente y no por ello menos importante necesitamos disponer de un Estado de Derecho emprendiendo la reestructuración del Poder Judicial.



Dirigentes conservadores granadinos, exiliados en Costa Rica durante la dictadura de Zelaya (1896).



Firma del pacto político entre Somoza García y el doctor Cuadras Pasos (1949).



Firma del pacto político entre el General Emiliano Chamorro y Anastasio Somoza García (1950).



Firma del tratado canalero Chamorro-Bryan.



Mr. Dennis, Ministro de EE.UU.; Emiliano Chamorro y Adolfo Díaz al tomar posesión de la Presidencia de Nicaragua en 1926.



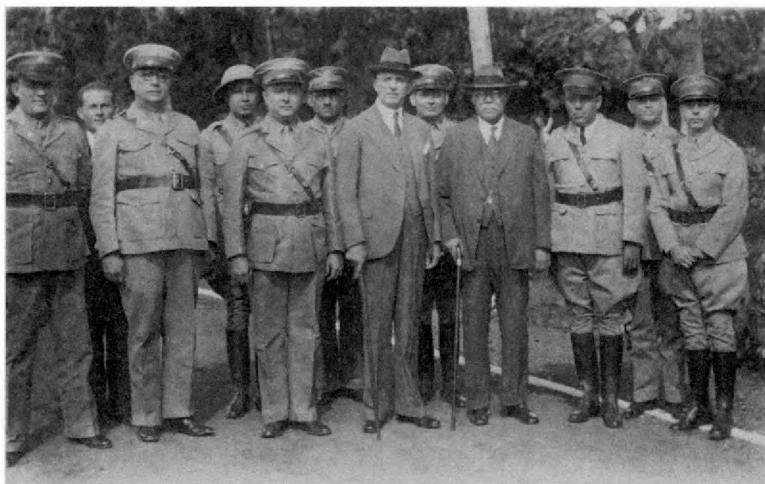
Firma del pacto político entre A. Somoza Debayle y Fernando Agüero (1971).

**General
Augusto C.
Sandino, líder
guerrillero
1927.**



**General José
Santo Zelaya
en su apogeo
1894.**





Dr. Juan Bautista Sacasa y oficiales de la Guardia Nacional 1934.

Cortesía INHCA.



Manifestación pública liderada por el Partido Conservador del Dr. Fernando Agüero Rocha.



Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, 1979.

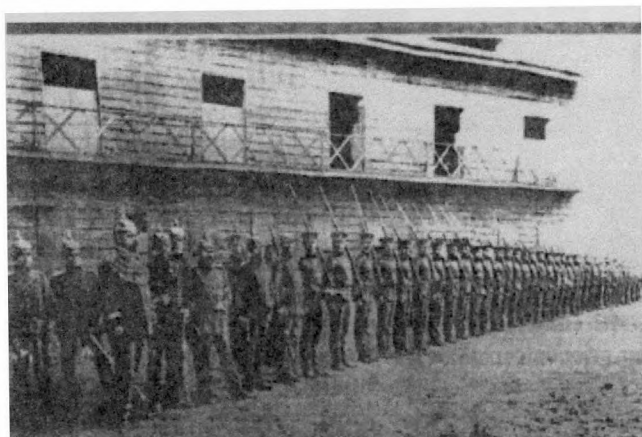
Cortesía de INHCA



Cardenal Miguel Obando Bravo y Daniel Ortega, secretario general del FSLN, 2004.



Pacto bicaudillista, 2005.



ESCUELA MILITAR DE CADETES

En tiempos del general Zelaya fue dirigida por el capitán, Bávoro Karl Ubersczing y el subteniente Alfred Pertz. Muchos de sus graduados participaron en la batalla de Namasigüe, la mayor victoria militar del Ejército Liberal.

Cortesía de INHCA



Presidente Enrique Bolaños, con la señora Jane Kirpatrick en su visita a Nicaragua, 2006. Cortesía La Prensa.



Presidente Enrique Bolaños con el comandante Daniel Ortega y el cardenal Miguel Obando, 2006.